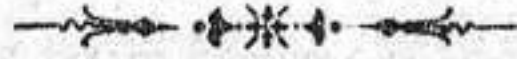




Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma.



Año XLI. 16 DE FEBRERO DE 1920. Núm. III.



NÓS EL DR. D. MATEO MÚGICA Y URRESTARAZU,

OBISPO DE OSMA, PROTONOTARIO APOSTÓLICO AD INSTAR, SEÑOR DE LAS VILLAS DE EL BURGO, UCERO Y LAS DOS QUINTANAS RUBIAS, ETC.

*Al venerable e Ilmo. Deán y Cabildo de nuestra S. J. Catedral,
al venerable Abad y Cabildo de la Insigne Iglesia Colegial de Soria,
a los Arciprestes, Párrocos, Coadjutores y demás Clero,
a las Comunidades religiosas y a todos los fieles del Obispado.*

SALUD Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Quotiescumque enim manducabitis
panem hunc, et calicem bibetis, mortem
Domini annuntiabitis donec veniat.*

*Porque cuantas veces comiereis este
pan, y bebiereis este caliz, anunciaréis
la muerte del Señor hasta que venga.*

I. AD COR. XI. 26.

En carta Pastoral que publicamos con fecha de 25 de Noviembre de 1918 os prometimos hablar en otra del precepto de oír la Santa Misa en domingos y fiestas de guardar. Vamos, venerables Sacerdotes y amados hijos, a cumplir aquella promesa.

No Nos hacemos la ilusión de abordar este gran asunto con la competencia y piedad que el caso requiere. Para hablar de este misterio cumple a Nós

decir humildemente con el venerable Fr. Luis de Granada: «Verdaderamente yo me hallo tan indigno, tan corto y tan atajado, que ni sé por do comience, ni por dónde acabe, ni qué deje, ni qué tome para decir. Si no tuviera la torpeza del hombre necesidad de estos estímulos para bien vivir, mejor fuera adorar en silencio la alteza de este misterio, que borrarlo con la rudeza de nuestra lengua.....

Por esto suplico yo ahora, Dios mío, a vuestra infinita piedad, que entre tanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber más, deseando engrandecerla y declararla, estén allá en el cielo glorificándoos los que os saben alabar; y ellos compongan lo que yo descompongo, y doren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber.» (1)

Si al escribir sobre la Santa Misa lo hiciéramos siquiera para corazones enamorados del Santo Sacrificio, aunque difícil, sería gratísima para Nós esta labor. Mas, el pensar que hay urgente y grandísima necesidad de hablaros de la Misa, *porque sois muchísimos, amados hijos, los que habitualmente faltáis a ella en Domingos y fiestas de guardar*, esto encoge con grave aprieto Nuestro corazón de Padre y Pastor, porque al lado y como efecto seguro de la enorme injuria que haceis a Jesucristo, están los males sin cuento que en esta y en la otra vida os aguardan inevitablemente.

Os convocan las campanas al templo, y desentendiándoos del llamamiento de Dios, infringís el gran precepto de oír la Santa Misa; trabajáis escandalosamente en establecimientos y campos, profanáis los días santos que el Señor destinó al descanso del cuerpo y a la santificación de las almas: ¡ah!... esa doble culpa con su doble reato están labrando vuestra ruina corporal y espiritual.

«Transeunt solemnitates, remanent iniquitates. Pasan las

(1) Guía de pecadores. Libro I. cap. IV.

solemnidades, quedan las iniquidades»; he ahí el doloroso grito que nuevamente arranca de Nuestro pecho la perversa conducta de muchos hijos Nuestros!

¿*Sois católicos; sois cristianos?*... y no asistís a la Santa Misa en días de precepto?... Vuestra inconsecuencia es irracional, impía. ¿Por qué?... Vamos a verlo.

¿Qué es la Santa Misa?

San Ambrosio y San Agustín emplearon ya en el siglo IV la palabra *Misa*, para expresar el Santo Sacrificio, y bien puede significar que Jesucristo, Hostia u oblación saludable ha sido *enviado* a su Eterno Padre; o que por mediación del Sacerdote envían o dirigen sus preces a Dios los fieles.

Podemos definir la Misa diciendo que es «el sacrificio del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, realmente presente en el altar, bajo las apariencias de pan y vino, ofrecido a Dios por los vivos y los muertos», o también «el verdadero sacrificio de la Nueva Ley en el que el mismo Jesucristo es místicamente inmolado y ofrecido como víctima a Dios Padre, en reconocimiento de su supremo dominio.»

Verdadero sacrificio, porque, entendiéndose por sacrificio «la oblación externa de una cosa sensible, mediante su destrucción o inmutación, hecha a solo Dios por el ministro legítimo, en reconocimiento de su supremo dominio», todos esos requisitos hállanse cumplidos de modo admirable en la Santa Misa. *Oblación de una cosa sensible*, es a saber, el Cuerpo y Sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y vino; *destrucción o inmolación* de la víctima, no solo *místicamente*, puesto que bajo la especie de pan, por virtud de las palabras, no hay más que el Cuerpo y bajo la especie de vino, por virtud de las palabras, solo hay la Sangre de Cristo; y así se efectúa una especie de separación mística entre el Cuerpo y la Sangre, como representación del sacrificio sangriento de la Cruz, en el cua

hubo una separación real entre el Cuerpo muerto y la Sangre que fué derramada y manó del mismo; sinó que hay tambien una destrucción o inmolación *real*, aunque no *física* o de *una manera sangrienta*, sinó *moral* y sin sangre, puesto que Cristo, bajo las especies de pan y vino, por virtud de la consagración recibe una *existencia* sacramental nueva, por la cual no puede en este estado llenar las funciones de la vida animal, y se encuentra en vía inmediata de destrucción, ya que siempre y cuando las especies estén consumidas y destruídas, queda inmediatamente destruida la existencia del mismo Cristo en cuanto tiene de sacramental: ⁽¹⁾ *hecha a solo Dios*, porque, aun cuando a veces ofrecemos la Santa Misa en honor de los Santos, siempre lo hacemos para rendir gracias a Dios, admirable en sus Santos, y en las victorias de los mismos, implorando la *protección* de tan valerosos medianeros: *por el legítimo ministro*, que es Jesucristo en primer término, siéndolo secundariamente el sacerdote que ofrece y consagra como ministro público en representación de Cristo: *en reconocimiento de su supremo dominio*: ningún otro sacrificio tributa ese honor debido a la Divinidad mejor que el augusto Sacrificio, pues siendo Cristo el *oferente y la oblación*, nada mayor ni mejor se puede humillar ante Dios en reconocimiento de su señorío supremo.

Toda esta católica doctrina la definió el Concilio de Trento, en los tres cánones siguientes: ⁽²⁾ «Si alguien dijere que en la Misa no se ofrece un sacrificio verdadero y propio, sea anatema.»

«Si alguno dijere que por las palabras, «Haced esto en conmemoración mía», Jesucristo no constituyó a sus Apóstoles en sacerdotes, y que no ordenó que aquellos y estos debían ofrecer su Cuerpo y su Sangre, sea anatema.»

(1) Haine, «De Eucharistia.»

(2) Sess. XXII, De Sacrificio Missae. C. 1 al 3.

«Si alguno dijere que el sacrificio de la Misa no es más que un sacrificio de alabanzas y de acción de gracias, o una simple conmemoración del sacrificio que fue ofrecido sobre la Cruz, y que no es propiciatorio, o que no es provechoso para el que comulga, y que no debiera ofrecerse para los vivos y los muertos, por los pecados, por el castigo que merecen estos, y para otras necesidades de los hombres, sea anatema.»

La Santa Misa es a la vez, venerables Sacerdotes y amados diocesanos, continuación del Sacrificio de la Cruz, idéntico al de la Cruz *sustancial y realmente*; diferente de aquél solo *accidentalmente*; instituido por primera vez al instituirse la Sagrada Eucaristía, consumado en la Cruz y perpetuado sobre la tierra en los santos altares: no existe otra diferencia entre el Sacrificio de la Cruz y el de los altares que el modo de ofrecerse: en el sacrificio de la Cruz la muerte fué real; en éste es mística. Aquél lo ofreció el Redentor *por Sí mismo* en el ara de la Cruz; empero este lo ofrece mediante el *ministerio de los sacerdotes*. Aquél fué *meritorio*, porque en él se pagó el precio de nuestra redención, por este empero *se aplican* los méritos de Cristo. ⁽¹⁾

«Cuantas veces te acuerdas de este misterio, —dice a este propósito Tomás de Kempis— ⁽²⁾ y recibes el Cuerpo de Cristo, tantas representas la obra de la redención y te haces partícipe de todos sus merecimientos, porque la caridad de Cristo nunca se disminuye, y la grandeza de su misericordia nunca mengua. Así te debe parecer tan grande, tan nuevo y agradable cuando celebras u oyes Misa, como si fuese el mismo, día en que Cristo, descendiendo al vientre de la Virgen, se hizo hombre; o aquel en que, puesto en la Cruz, padeció y murió por la salud de los hombres.»

Juzgamos necesario ampliar este hermoso pensamiento: la Pasión, la muerte, el sacrificio de la Cruz,

(1) Ferreres. Derecho Sacramental. Pag. 57.

(2) Libro IV, 2.

fuente de infinitas gracias y méritos; el sacrificio de la Misa, cauce por donde aquellas corren caudalosas, aplicándose a las almas: expliquémonos.

Después de treinta años de vida privada, Jesucristo Nuestro Señor consagró tres a la pública. Dueño y Señor de todos los elementos, estos obedecían humildemente al imperio de su voz, y a los simples actos de su omnipotente voluntad.

Las aguas del mar se consolidan bajo sus pies: encadena las tempestades; manda al aquilón y a las olas entumecidas. Las fiebres malignas, la inmunda lepra, las parálisis, la ceguera, todas las enfermedades desaparecen ante su irrosistible mandato: devuelve a la vida los muertos; arroja de los posesos los demonios: cielo, tierra e infierno ceden ante Jesús. Su paso por la tierra es una continua peregrinación de gentes: la caridad y el bien que en amoroso consorcio se juntan en Jesucristo con el poder, para favorecer a los desgraciados, arrastran los corazones bien nacidos; si habla, prorrumpe la muchedumbre clamando: «*Numquam sic locutus est homo: Ningún puro hombre habló de tal manera*»: si multiplica los panes y peces, lo quieren alzar por *Rey*; si a muertos resucita, le proclaman el *Profeta Magno de Israel*; si entra en Jerusalén, el pueblo, no corrompido aún llena el aire de *hossannas* bendiciéndole como al enviado de Dios; ruidos pescadores, como Pedro, le reconocen *Mesías, Cristo, Hijo de Dios*. Todas sus obras son admirables, todas revelan en efecto que su autor es verdadero Dios que nos trae el remedio universal de todos los males: verdadero Hombre que viene a enseñarnos los ejemplos de todas las virtudes.

Mas, ¿sabéis, venerables cooperadores, y sobre todo vosotros, amados hijos, cuál fué la obra más estupenda, más admirable que realizó Cristo Nuestro Dios al terminar su jornada mortal sobre la tierra?....

La Pasión y su muerte en la Cruz.

«Cierto es, dice el P. Granada, que entre las obras admirables de Dios, ésta es la más admirable; y entre las altas la más alta; y entre las útiles y provechosas la más provechosa; y entre las dulces y suaves ésta es grandemente suave. Además de esto, cónstanos que entre las obras de gracia ésta es la mayor; entre los beneficios divinos el más soberano; y entre los sagrados misterios el más profundo; y por esta causa la llamó el Apóstol *Sacramento escondido en todos los siglos.*» (1)

Las negras cataratas de toda impiedad, odio y abominación envolvieron en sus olas al inocentísimo Jesús. Celebrada la Santa Cena Pascual e instituidos el Sacrificio y Sacramento adorables, *habiendo voluntariamente secuestrado las infinitas dulzuras de su visión beatífica*, «*Sequestrata delectatione divinae aeternitatis.*» (dice S. Ambrosio), se retiró al Huerto de los Olivos: a la luz de su divinidad y previa penosa oración que le costó sudores de sangre, vió con toda claridad el pasado, el presente y el porvenir. A una y en tropel con los imponderables dolores que le aguardaban, desfilaron ante Aquel Divino y Universal Penitente todas las formas del pecado y de la iniquidad; perversión del derecho, tiranías, abusos del poder, herejías, cismas, blasfemias, palabras soeces, inmorales, inmundas; idolatría, cultos sacrílegos, mentiras, hipocresías, homicidios, crueldades, injustas guerras, sórdida avaricia, codicias desenfrenadas, abominables géneros de impureza, crápulas embrutecedoras, orgías, deslealtades en matrimonios, orgullos y rebeldías en los hogares; y abismado y volqueado, por decirlo así, en el cieno de tanta maldad, Jesucristo llega hasta las puertas de la muerte en dolorosísima agonía.

Llegada la hora de las tinieblas, «*temuerunt gentes*»,

(1) Colos. I. 25. Ephs. III. 8 y 9.

muchos y poderosos conjurados se revuelven contra su Mesías, Bienhechor insigne, Dios y Señor; los dolores que le hicieron sufrir fueron sobre toda ponderación y medida. (1) Su Sacrosanta Pasión fue general, primero por la variedad de personas que concurrieron a ella, gentiles, judíos, eclesiásticos, seculares, pobres, ricos, grandes y pequeños; además, por haber padecido en todos los bienes, en los amigos, en la honra, en la hacienda (pues hasta le despojaron de sus vestiduras), y en la vida, tan amada de todos, y por último porque padeció en todos sus miembros y sentidos, sin que quedase uno por atormentar, la cabeza aporreada con cañas y penetrada con espinas, la boca anhelosa, las barbas mesadas, el cuello mal herido por la soga, las manos entumecidas por las sogas y cadenas, el cuerpo sembrado de cardenales y profundas heridas por los azotes, los pies lastimados por el camino, los hombros quebrantados por el peso de la Cruz. (2)

«No hay dolores, añade San Buenaventura, ni más acerbos, ni más punzantes que los padecidos por Cristo, porque no hay quien le iguale en delicadeza de complexión y en viveza de sentimiento». (3) Verdaderamente, amados diocesanos, que echó el Eterno sobre su propio Hijo Jesucristo las iniquidades de todos nosotros, y el Salvador arrastró la ira infinita de su Padre, para conseguir nuestro perdón y redención.

Obra estupenda y admirable la Pasión de Cristo por los tormentos y muerte que el divino Señor sufrió, no lo es menos por las virtudes que se nos enseñan desde la Cátedra santa de la Cruz. (4) *Eximia paciencia*, soportando voluntariamente acerbísimos do-

(1) Sum. Theolog. III pars. quaest. 45 art. 6.

(2) S. Thom. Sum. Theol. p. III. q. 56. a. 5.

(3) Senten. dist. XVI, a. I, q. 2.

(4) Shteenkiste. Tomo. III. in Matth. 1596.

lores; heróica *caridad* al prójimo, poniendo su alma, dando su vida por amigos y enemigos: amor a sus *enemigos*, pidiendo a su Eterno Padre que los perdona: insigne *piedad* y diligencia en orar, refiriendo a Dios tres de sus siete palabras; *amor filial* para con su Madre, pues la recomendó especialísimamente a San Juan, olvidándose de sus dolores; *benignidad* inaudita con el Buen Ladrón, y en consecuencia, imponderable misericordia con los pecadores penitentes: *mansedumbre* singular, sufriendo en silencio tormentos, crueldad y burlas de los verdugos: *fortaleza de alma*, no vencida por todos los insultos y oprobios: *humildad y obediencia* hasta la muerte, y muerte de Cruz; *pobreza* extrema, despojado de todo, vió el reparto de sus vestiduras: *abnegación*, renunciando a su Madre, a sus amigos, a su fama, consuelos interiores y hasta la misma vida: *fidelidad* en completar su misión, hasta que todas las cosas fueran cumplidas; «*Sciens quia omnia consummata sunt*»; *perseverancia*, permaneciendo en la Cruz, y muriendo allí a pesar de las sacrílegas provocaciones de sus enemigos para descender de ella.

Después de todo esto, amados diocesanos, o habeis perdido la fé, la razón, el juicio y toda sensibilidad, o teneis que reconocer que Jesucristo nos enseñó con su ejemplo el camino del cielo y *que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados en su sangre.* ⁽¹⁾ Eramos todos por el pecado ignorantes, iujustos, malos, esclavos del infierno; pero, muriendo Jesucristo, dice el Apóstol, y satisfaciendo por nosotros, hemos llegado a ser *sabiduría de Dios, justicia, santificación y redención.* ⁽²⁾ En Él tenemos redención por su *sangre, la remisión de pecados* por las riquezas de su gracia, que sobreabundó en nosotros. ⁽³⁾

¡La Pasión, y muerte de Jesucristo!: la vió y con-

(1) Apoc. 1, 5.

(2) 1 Cor. 1. 30.

(3) Ad. Ephes, 1. v. 7, 8.

templó en profética visión el Profeta Habacuc y exclamó: «Domine, consideravi opera tua, et expavi: Consideré tus obras, y me llené de santo pavor: «meditaron en la Pasión y Cruz del Salvador los Santos y dijo S. Pedro Crisólogo: «Llénanse de estupor los Angeles, asómbrase el cielo, tiembla de pavor la tierra, no puede ni el oído percibir, ni la mente alcanzar, ni alguna criatura comprender este admirable misterio, este venerando Sacramento del pavor de los Santos: *Sacramentum pavoris sanctorum*»; y San León exclamó: «¡Oh Cruz de Jesucristo, fuente de todas las bendiciones, causa de todas las gracias, por la cual se da a los creyentes, de enfermedad, fortaleza; de oprobio, gloria; de muerte vida»;⁽¹⁾ y S. Agustín escribió: «Una cosa hay que sobre todas las demás me inflama, me urge, me mueve y promueve a amaros: *la ignominiosísima y cruel muerte que por mi amor padecistéis; unum est quod me plus omnibus accendit, urget, movet, et promovet ad diligendum, ignominiosísima et amara mors quam sustinisti*»,⁽²⁾ y todos de consuno declararon que nadie espere librarse del fuego eterno y salvarse sin consagrar a Cristo Crucificado sus trabajos, su devoción, su amor y su vida. *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema.*⁽³⁾

Ahora, venerables Sacerdotes y amados fieles, todas las gracias, satisfacciones, perdón y méritos que Jesucristo acumuló por su Pasión y muerte se nos aplican por el sacrificio de la Misa. Brotaron las fuentes de salvación del Costado alanceado del Salvador, y la ola mística corre caudalesa sobre los altares de la Iglesia, envolviendo y purificando en sus místicas aguas a vivos y difuntos. *Dominus retribuet pro me*,⁽⁴⁾ el Señor responderá por nuestras deudas, diremos con

(1) S. Leo. Serm. VIII. de Pass. n.º 7.
(2) S. Agust. 1. de dilig. Deo.
(3) I. Cor. 16. 22.
(4) Ps. CXXXVII. 8.

David, y nunca con mayor verdad y propiedad que al hablar de la Santa Misa; pues así como Él coronó en la Cruz la obra de nuestra redención y liberación, clavando en ella el decreto de nuestra condenación, así también, y a los mismos fines

Jesucristo instituyó la Santa Misa y es primero y principal Sacrificador del Santo Sacrificio.

No es la Misa «una invención de los Curas», como algunos sacrilegamente dicen, ni siquiera de Obispos o de Papas, no es la Misa de invención humana. Fué el mismo Jesucristo quien nos descubrió esta nueva maravilla de su amor. «Estando, dice el Concilio de Trento, ⁽¹⁾ nuestro Señor a punto de ofrecerse El mismo como víctima sobre la Cruz para redención de la humanidad, no debiendo cesar con su vida mortal su eterno Sacerdocio, en la noche misma en que iba a ser traicionado, instituyó y dejó a su Iglesia *un sacrificio visible*, por el cual el sacrificio sangriento de la Cruz, que no podía ofrecerse más que una vez, pudiera perpetuarse hasta el fin de los siglos, y su virtud saludable y eficaz comunicarse a toda la humanidad para la remisión de los pecados. Declarándose Sumo Sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedech, *elevó en ofrenda a su eterno Padre el sacrificio de su Cuerpo y Sangre* bajo la apariencia de pan y vino y la distribuyó inmediatamente a sus Apóstoles, constituyendo a estos y a sus sucesores ministros suyos, para que continuaran ofreciendo el *mismo sacrificio* hasta la consumación del mundo, diciendo: *«haced esto en memoria mía»*.

Y como es de fé que Jesucristo instituyó el augustísimo Sacrificio de la Misa, lo es también que El sigue actuando como primero y principal sacrificador del mismo. Dios, dice S. Dionisio Cartujano, ⁽²⁾ que acepta el

(1) Sers. XXII, 1.

(2) Vives. Scint. Amor. Eucharist. pag. 373.

sacrificio, El mismo segun su divina naturaleza ofrece a si mismo segun su naturaleza humana: S. Agustín escribió: «Cristo el mismo oferente, el mismo la oblación»... «El mismo que entonces (el Jueves Santo) sacrificó en la Sagrada cena, añade S. J. Crisóstomo, el es quien tambien hace ahora», esto es, el Santo Sacrificio.

«Cuando veas, continua el mismo Santo, al Sacerdote ofrecer o celebrar, no consideres al hombre que ofrece, sinó la mano de Cristo, extendida invisiblemente sobre el altar»... Finalmente, el Concilio de Trento, resumiendo los ecos de Oriente y Occidente, la doctrina de los Santos Padres, la decidió y consagró definitivamente, diciendo: «*una eademque est hostia, idem nunc offerans Sacerdotum ministerio, qui se ipsum tunc in cruce obtulit...* Es una e idéntica la hostia; el oferente mismo el que ahora ofrece por ministerio de los Sacerdotes, y que se ofreció entonces por si mismo en la Cruz».

Es frase harto conocida, por desgracia, entre la plebe: «Yo no piso la Iglesia, yo no asisto a Misa, mientras el Cura, este Cura de mi pueblo la diga». Una diferencia cualquiera, a veces el menor disgusto, siempre fútiles pretextos les bastan para distanciarse de su venerable Párroco, y como para vengarse de los beneficios que reciben de él, no se los ocurre cosa mejor que alejarse de Dios, abandonando sus principales deberes religiosos. ¡Ah! amados hijos, ante Nuestro Señor Jesucristo, primer celebrante de la Misa, de nada valdrán vuestras ridículas e impías decisiones: avivad la luz de la fé, ahondad un poco en la consideración del Santo Sacrificio, y no despreciéis, como aquellos perversos judíos, la sangre adorable del Redentor. Ved en el Párroco que sale de la sacristia, revestido de sagrados ornamentos, que sale al altar, que hace y consume la oblación, que pide por vosotros y os bendice, ved en ese Sacerdote al mismo Jesucristo, ved con preferencia al primer oferente.

De tan consoladora doctrina, brotan como consecuencias necesarias,

**El valor infinito, y los efectos y frutos admirables
de la Misa.**

Si nuestras obras son defectuosas y limitadas, hay quien ofrece a Dios gracias infinitas, dignas de su grandeza soberana.

«Ya no tenemos, dice el piadosísimo Faber ⁽¹⁾ necesidad de sentarnos a la orilla de los caminos del mundo, gimiendo y llorando, porque la Divina Majestad no es reverenciada, alabada y glorificada cual se merece, pues que una sola Misa es una alabanza infinita al Rey de la gloria». De dignidad y valor infinito la persona oferente y la oblación, *el valor de la Misa es infinito.*

Ya no tenemos que discurrir cómo hemos de cumplir debidamente con nuestro deberes fundamentales que todos tenemos con Dios nuestro Soberano y Señor, nuestro Bienhechor, nuestro Juez, y el origen de todo nuestro bien.

Por el sacrificio *latréutico o de adoración*, asistiendo a la Santa Misa le ofrecemos su propio Hijo divino, oblación santa con la humillación de su muerte mística, ofrenda más agradable que la que podemos tributar presentando en actitud de rendida adoración los homenajes de todos los Angeles y Santos juntos.

No importa tampoco que sean incontables los beneficios que recibimos de Dios, lo mismo en el orden de la gracia, como en el de la naturaleza: «el Santo Sacrificio de la Misa fué instituído, para que no fuéramos ingratos con Dios (San Ireneo): por la Misa podemos pagar a Dios toda la gratitud que le debemos.

Si nuestros pecados justamente nos alarman, es

(1) Todo por Jesús, p. 280.

dogma de fé, expresamente declarado en el Concilio de Trento ⁽²⁾ que el Sacrificio de la Misa no solo es de alabanza, sinó que es también de propiciación, y que se debe ofrecer por los vivos y difuntos, por los *pecados*, expiación, satisfacciones y otras necesidades de los hombres.

Que la Misa sea sacrificio impetratorio enseña la Iglesia y dijeron hermosamente sus Doctores y Maestros: «No hay duda alguna, dijo San Jerónimo, de que el Señor nos concede todas las gracias que le pedimos en la Misa, con tal que nos sean útiles; y lo que es maravilloso, nos concede muchas veces *motu proprio* favores que no pedimos.» «¡Oh! cuan dichoso soy durante la Misa! exclamaba el Beato Juan de Avila. Por grandes que sean mis necesidades, con tal que pueda celebrar unicamente la Santa Misa, recibiré auxilio; pues cuando tengo a Jesucristo ante mí en el altar, obtengo todo lo que quiero y deseo.»

Tan admirables como los cuatro efectos indicados, son los tres frutos del Santo Sacrificio de la Misa: *uno general* para provecho de toda la Iglesia, y utilidad de todos los fieles vivos y muertos, especialmente para los que asisten, sirven, la cantan, o de algún modo cooperan al Santo Sacrificio con el Sacerdote. *Otro especial*, en favor de la persona o de la intención por la cual se ofrece la Misa. El tercer fruto es el *especialísimo*, ganancia espiritual y beneficio personal del mismo Sacerdote, que obra como otro Cristo y participa de la sagrada Víctima, siendo análogo a este fruto especialísimo del Sacerdote el que pueden recoger los fieles, tomando parte de algún modo en la celebración de la Misa.

Acto de tan soberana grandeza reclamaba la presencia de los Angeles en el Santo Sacrificio:

y en efecto, los espíritus bienaventurados del cielo

(2) Sess. XXII, c. 3.

hacen corte a su Rey, en el trascendental misterio del altar.

Dos querubines de oro, colocados por orden de Dios a los lados del Arca, rendían homenaje al Señor en la antigua ley.

Cuando en la Nueva emprendió el Salvador la tris-tísima jornada de la Pasión, confortóle un angel. «*Apparuit autem illi Angelus... confortans eum*». (1)

¿Podrían faltar ángeles en el Calvario de nuestros altares?

Tertuliano reconoce su presencia, al hablarnos del Angel, presente en la oración: *angelo.... orationis ad-stante* (De orat. cap. XVI). «Los Angeles están presen-tes y en adoración a la hora solemne del Sacrificio, dice S. Jnan Crisóstomo. (2) «Los Angeles hacen corte a Jesucristo en el momento de la Consagración», dice Beda. El Angélico Doctor Sto. Tomás supone que los Angeles asisten a los divinos misterios: «*Angelus assis-tens divinis mysteriis*» (3) Benedicto XIV, resumiendo las creencias de todas las Iglesias en su libro *El Santo Sacrificio de la Misa*, escribió: «Las Iglesias griega y latina, han creído siempre que después de la Consa-gración descenden del cielo los angeles, para rodear el altar y adorar a Nuestro Señor que se halla real-mente presente. (4)

Per intercessionem beati Michaelis Archangeli stantis a dextris altaris incensi..., por la intercesión del biena-venturado Arcángel San Miguel que está a la derecha del altar incensado, repite el Sacerdote cada vez que canta la Misa solemnemente; «Te suplicamos, omnipo-tente Señor, —decimos diariamente en la Santa Misa—

(1) S. Luc. XXII, 46.

(2) De Sacerd. VI. (Véase «Le Saint Sacrifice» del Cardenal Vaughan; traducida al francés por R. P. Doyotte, S. J. o por M. A. de Pitteurs.

(3) Sum. Theolog. P. III. q. 83 a. 4. ad 9.

(4) Lib. XI, c. XV, u.º 26.

que ordeneis que estos dones soberanos sean llevados por *las manos de los Angeles* a vuestro sublime altar. ⁽¹⁾

Y no incurrais, amados fieles, en la vulgar e irreverente tentación de decirnos que vosotros no visteis jamás Angeles en la Santa Misa y que por lo mismo no quereis creer lo que no presenciasteis; porque aparte de que no han faltado siervos de Dios que los han visto en más de una ocasión, los que así piensan y hablan no son merecedores de visiones, de apariciones sobrenaturales.

No lo dudemos, en la Santa Misa se realiza de lleno lo que San Juan narra en su Apocalipsis, cap. VIII. «Y vino otro angel, y se paró delante del Altar, teniendo un incensario de oro; y le fueron dados muchos perfumes para que pusiese de las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro, que estaba ante el trono de Dios.»

Los Santos Padres, Doctores y Maestros de la Iglesia y la Misa

Al lado de blancura inmaculada destaca mejor lo negro: de lo que los Santos Padres y Doctores de la Iglesia han escrito en orden a la Misa podráse deducir la negra y horrenda falta que cometen los que ni siquiera en fiestas de guardar asisten a ella.

Según S. Alfonso de Liguorio, la Santa Misa tributa a Dios el mayor honor que se le puede rendir: no hay nada que más disminuya el poder de Satanás, o que comunique mayor alivio a las almas del purgatorio. Es el medio más poderoso de aplacar la cólera de Dios contra el pecador, y comunica a la humanidad las mayores ventajas espirituales durante la vida.»

Según Tomás de Kempis: «Cuando el Sacerdote celebra, la Santísima Trinidad recibe honor y alabanzas

(1) No era conveniente aducir una cita que se se lee en la vida de Gemma Galgani: se refiere a Sacerdotes y comprueba esta doctrina con palabras verdaderamente aterradoras.

los Angeles se alegran; la Iglesia recibe socorros y gracias; los pecadores obtienen arrepentimiento y perdón; las almas del purgatorio alivio y reposo; y los que ofrecen el Sacrificio, como los que a él asisten convenientemente, obtienen poderosos recursos contra sus cotidianas faltas y flaquezas.»

S. Bernardo ⁽¹⁾ hablando de las utilidades de la Misa, dice:

«Que más merece el que devotamente oye una Misa en gracia de Dios, que si peregrinara la dilatada espaciosidad de todo el mundo, y que si diera a los pobres toda su hacienda; pero mucho más el que la celebra.»

El mismo Santo dice: «Que el que devotamente y en gracia oyere Misa, merece tanto como si fuera peregrinando, y visitara todos los Lugares Santos de Jerusalém, y caminara por toda la Tierra Santa.»

San Buenaventura con otros muchos Padres: «Que la Santa Misa es el compendio de las maravillas que Dios ha hecho con los hombres.»

El gran Padre San Agustín dice: «Que si alguno oyere devotamente Misa, alcanzará grandes auxilios para no caer en pecado mortal, y se le perdonarán sus defectos y pecados veniales e imperfecciones.»

En otro lugar dijo: «Que todos aquellos pasos que uno da para oír Misa, son escritos y contados por un Angel, y por cada paso le dará el Altísimo Dios un grandísimo premio en esta vida mortal y en la eterna.»

Afirma el mismo Santo: «Que el oír devotamente Misa y ver el Santísimo Sacramento, ahuyenta al demonio del pecador.»

Más adelante asegura: «Que al que oyere Misa en-

(1) Todas las *autoridades* que desde S. Bernardo citamos este párrafo, fueron reunidas por el B. Diego José de C. Pueden leerse en el folletito de M. F. «La Mejor obra de mañana; la Misa, sol de la Devoción» — Loreto, Italia. a. 1912.

teramente, no le faltará el sustento necesario, y alimento para el cuerpo.»

En otro lugar continúa diciendo: «Que mientras uno oyere Misa no pierde el tiempo, sinó que gana mucho, por muy dilatado que el sacerdote se esté en el Santo Sacrificio de la Misa.»

Y hablando el mismo Santo con los que fueren muy devotos de las benditas almas del purgatorio, dice estas breves palabras: «Quien por los difuntos oye Misa y ora, por sí propio trabaja: así el que ofrece por las almas lo que reza, por sí propio trabaja».

San Anselmo dice: «Que una Misa sobrepuja y excede la virtud de todas las oraciones en cuanto a la remisión de la culpa y pena».

En otro lugar afirma: «Que oír devotamente una Misa en vida o dar una limosna para que se celebre, aprovecha más que dejar para celebrarlas después de su muerte.»

San Gregorio dijo: «Que el que devotamente oyere Misa, en aquel día se libraré de muy grandes peligros y muchos males».

En otro lugar dice: «Ningún sacrificio hay en todo el mundo por el cual las almas de los difuntos con mayor presteza salgan y se libren de las penas del purgatorio, que por la sacratísima oblación y santo sacrificio de la Misa, como afirman los teólogos».

El mismo Santo dice: «Que la pena de los vivos y de los difuntos se suspende en el interin que la Misa se dice, y principalmente por las almas de aquellos por quienes con especialidad el Sacerdote ruega y dice la Misa.»

Continúa el mismo Santo diciendo: «Que por las Misas oídas y dichas con devoción, los pecadores se convierten a Dios, las almas se libran de las penas que por sus pecados merecían en el purgatorio, y los justos se conservan en el camino rectísimo de la justificación.»

Dice San Gregorio: «Que por las Misas que en la Iglesia se celebran se convierten los infieles a la fé de Cristo, las almas, de las penas del purgatorio vuelan al cielo, y los justos se afirman en la gracia de Dios.»

El mismo dijo tambien: «Que las almas que están en las penas del purgatorio, por las cuales el sacerdote ora y ruega en la Misa, en el interin, ningún tormento padecen, mientras que el santo sacrificio de la Misa se celebra y dice por ellas.»

Y en otro lugar dijo: «Que por cualquiera Misa, con devoción celebrada ú oída, salen muchísimas almas de las penas del purgatorio, y a las otras que quedan en él se les disminuyen las muchas penas que allí padecen.»

San Alberto Magno dice: «Que el santo sacrificio de la Misa está tan lleno de misterio, como el mar está lleno de gotas. el sol de átomos, el firmamento de estrellas, y como el cielo ompireo de muchisimos Angeles.»

En otro lugar dijo: «Que el que en la Misa contemplare la Pasión merecerá mas que si anduviera a pié descalzo a los Lugares Santos de Jerasalén, y ayunara a pan y agua un año, y se azotara hasta derramar toda la sangre de sus venas, y rezara trescientas veces el Salterio.»

San Cipriano afirma: «Que el santo sacrificio de la Misa es medicina para sanar las enfermedades, y holocausto para purgar las culpas.»

San Juan Crisóstomo dice: «Que la celebración de la Misa en cierta manera vale tanto cuanto vale la muerte de Cristo en la cruz.»

Inocencio, Papa, enseña: «Que por la virtud del sacramento de la Misa todas las virtudes se aumentan, y se acrecienta la gracia.»

Dijo el venerable Juan Bautista Mantuano: «Aunque Dios me diera cien lenguas y con ellas una voz de acero que nunca se me gastase, no fuera posible de-

clarar y manifestar las cualidades, gracias, privilegios y grandes provechos que se ganan en oír la Misa en gracia de Dios.»

San Bernardino de Siena dice: «Que la Misa es el mayor bien que se puede ofrecer al Señor por las almas, para librarlas y sacarlas del purgatorio y llevarlas a gozar de su santísima gloria.»

San Lorenzo Justiniano dice: «Más agrada al Altísimo Dios el sacrificio de la Misa que los méritos de todos los Angeles.»

El venerable Beda enseña: «La santa Misa es el sol del mundo cristiano, el alma de la fé, el centro de la Religión católica, compendio de todo lo bueno, de todo lo bello que hay en la Iglesia de Dios.»

Eugenio, Papa, dijo: «Que más aprovecha para la remisión de la culpa y pena oír una Misa, que todas las oraciones del mundo.»

El Concilio de Trento afirma: «Que por el santo sacrificio de la Misa se aplaca Dios, y concede la gracia y don de penitencia.»

El santo sacrificio de la Misa, dice San Francisco de Sales, «es el sol de los ejercicios espirituales, el corazón de la devoción, el alma de la piedad y el centro de la religión.»

Y por conclusión, dice el angélico doctor Santo Tomas de Aquino: «Que los efectos que causa el ofrecer el santo sacrificio de la Misa y el oirla, son los siguientes: Resiste a los malos pensamientos. Destruye los pecados. Mitiga el aguijon de la carne. Da fuerzas al alma para batallar contra los enemigos. Perdona los pecados veniales. Purifica, limpia y purga el corazón. Alienta a obrar bien. Aumenta la castidad. Acrecienta fervor de la caridad. De fuerzas para sufrir las cosas adversas, y llena el alma de todas virtudes. Y, en fin, para decirlo de una vez, cuantos frutos, gracias privilegios y dones recibimos de la mano del Altísimo Dios, todos son por la sagrada muerte y Pasión de

nuestro Señor Jesucristo, la cual se representa en el santo sacrificio de la Misa.»

Un Cristiano convencido y consecuente, si puede de algún modo, oye diariamente la Santa Misa.

Nada más cierto para un buen cristiano que aquellas memorables palabras del Concilio de Trento: ⁽¹⁾ «Necesariamente hemos de confesar que no pueden los fieles de Cristo ocuparse en cosa más santa y divina que en este tremendo misterio, por el cual ofrecen diariamente los Sacerdotes aquella vivificante hostia que nos reconcilió con Dios Padre.»

De ahí dedujo S. Carlos Borromeo aquella regla de dirección cristiana: «Si puedes de algun modo, *asiste a la Santa Misa todos los días.*» Hija mía, escribía San Francisco de Sales a la Baronesa de Chantal «te ruego que construyas, *ante todo* una Capilla a fin de que puedas oír la Santa Misa *cada día*. Para conservarse santamente, y sentir en sí mismo, y recibir poderosos auxilios, durante el día, nada mejor que el haber estado por la mañana cerca de Su Salvador, realmente presente en los Santos Misterios.

Los buenos cristianos, consecuentes y convencidos, fueron devotísimos de la Misa, y asistían a ella *todos los días*.

Unos fueron Reyes como San Enrique de Alemania, San Casimiro de Polonia, San Luis de Francia, San Fernando de España. Otros, héroes armados de coraza y espada como Godofredo de Bouillón, Ricardo Corazón de León, Simón de Montfort...

Otros, Jefes de Estado como la esposa del Landgrave de Hesse y de Turingia, como García Moreno, célebre Presidente del Ecuador, y ponían sus dolencias en la Misa *diaria*.

Poderosos Monarcas fueron nuestros Reyes Carlos I y su hijo Felipe II.... España, Nápoles y Sicilia, los

(1) Sss. XXII. Decr. de Obs. et evit. in cel. Missae.

Paises Bajos, y otros Estados menores; en Africa los reinos de Tunez y Orán, con las Islas Canarias; en América casi toda la Tierra Firme o Continental y la mayor parte de las islas adyacentes; y por último, en la Oceanía, varios archipiélagos, entre ellos el que tomó su nombre de Felipe II, toda esa inmensurable extensión de dominio estaban sujetos al cetro de España. El Imperio español fué, pues, el más grande que ha conocido el mundo, sin excluir el Romano.⁽¹⁾

¿Hubo jamás dos hombres en la tierra más ocupados que ellos? ¿pudo alguno tener sobre sí mayor peso de negocios y responsabilidades que aquellos insignes varones?....

No por eso dejaron la Santa Misa: de Carlos I da testimonio su secretario Surio, diciéndonos que solo una vez, un día, dejó de asistir a la Santa Misa; la piedad y devoción de Felipe II al sacrosanto sacrificio del altar fueron proverbiales.

En cuanto a pueblos y personas particulares citaremos ejemplos, bien edificantes para conversión de los que no estuvieren definitivamente perdidos.

«Yo visitaba, escribe J. Hoppenot ⁽²⁾ la Catedral de Colonia el año pasado —1904—. Era en día laborable. Quodé muy asombrado, al ver que la muchedumbre invadía la nave central y asistía piadosamente a la Misa. No pude contenerme sin preguntar que fiesta se celebraba allí en aquel día. No se celebra fiesta especial, me contestaron; es costumbre de estos bravos cristianos asistir todos los días a Misa. Cristianos convencidos, consecuentes, lógicos, vienen a *explotar el tesoro*. Eso mismo hacen todavía los fervorosos pueblos del Tirol, los católicos aldeanos de Holanda....

(1) Historia de España. Espinosa. pag. 319 y 320.

(2) La Messe dans l' Histoire et dans l' Art, dans l' Ame des Saints et dans notre Vie. Magnífica obra de la que entresacamos muchas e importantes notas de la presente pastoral y que recomendamos a todos.

Cada día oyen la Santa Misa; van a *sacar* gracias del tesoro divino....

Y eso mismo hacen, decimos Nós, los que sean buenos cristianos, en Francia, y en España, y en todas partes.

Nós conocemos personalmente un Caballero de Jerusalén que, no contento con asistir a la Santa Misa siempre que puede, va todos los años con toda su familia a la gruta de Belén, y desde la media noche del 24 de Diciembre hasta las dos de la tarde del 25 oye todas las Misas que se celebran en la santa cueva. Nós conocemos personalmente otro caballero cristiano, de Bilbao, que se enriquece *diariamente* con las incontables gracias de varias Misas, y sobre dar estipendios de miles de pesetas para sufragio de muertos y salvación de vivos, tiene la piadosa costumbre de oír hasta *treinta Misas* el día de Animas.

Si hubiera fé, verdadero deseo de salvarse, un adarme de gratitud hacia Jesucristo, todos haríamos la que aquel venerable anciano ⁽¹⁾ de 103 años que recorría cada mañana quinientos metros de distancia por no faltar a la Santa Misa; todos repetiríamos sus hermosas palabras: «*Un día sin Misa es para mí un día sin sol.*»

Resúmen y conclusión práctica.

En resúmen, venerables Sacerdotes y amados hijos; Jesucristo con su Pasión y muerte de Cruz nos dió vida eterna: la Iglesia nuestra Madre con sus Padres y Doctores nos predica constantemente que la Santa Misa es la aplicación de los méritos y gracias que Jesucristo atesoró por su Sacrosanta Pasión; no queriendo confiar a otros el reparto de tan rico tesoro, Él mismo es el celebrante principal en el Santo Sacrificio: aunque por diversas causas son limitados

(1) Era el abuelo materno del Rvdmo. Obispo Sr. de Pélacot. El mismo dignísimo contó el admirable hecho a J. Hoppenot.

todos los frutos que nosotros reportamos de la Misa, es sin embargo infinito el valor de la misma y son muy admirables sus efectos y frutos. Angeles del cielo rinden homenaje y pleitesía a su Divino Rey, inmolido en nuestros altares. Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia han agotado su más escogido léxico, para cantar las excelencias del Santo Sacrificio. Emperadores, Reyes, Jefes de Estado muy poderosos oyeron diariamente la Santa Misa. Ella constituye insustituible delicia de todo cristiano, no del que solo se llama, sino del que lo es en realidad.... ¿Cómo hemos de calificar ahora la conducta de muchos de Nuestros diocesanos que voluntaria y sistemáticamente dejan de asistir al Santo Sacrificio los domingos y fiestas de guardar, muchas veces al año, durante todo el año, en muchos años seguidos?...

Nos refieren hoy mismo las crónicas y cartas de Misiones que los paganos recién convertidos recorren a caballo diez y quince leguas, salvando ríos y torrentes por asistir a la Santa Misa y enriquecerse con las gracias que saltan desbordantes del Caliz de Salvación: y vosotros, desgraciados y descastados cristianos, por no quitar media hora al sueño, por molicie, dejadez, desprecio e impiedad, no solo no dais un paso, para estar presentes todos los días en la Santa Misa, sino que os atreveis a faltar a ella en días de precepto. No relegueis al olvido Nuestra solemne afirmación. Os la diremos pleonásticamente. *La obligación de oír la Santa Misa es absolutamente obligatoria.*

Sabemos que por un resto de pudor meramente humano hay personas, —muchas por desgracia—, que van a confesar sus culpas una vez al año; calculan que con eso no se les enterrará como a los irracionales fuera del Campo santo, aunque un año y otro año y siempre falten a Misa perpetuamente. Aparte de que han de ver bien los confesores, antes de absolverlos, qué preparación y contrición llevan los tales, cuando

se acercan al Sacramento de la Penitencia, no hay que olvidar las amargas quejas que Jesucristo ha exhalado contra los que se confiesan mal.

«Tengo que sufrir todo esto, dijo el Salvador a su sierva Gemma Galgani, ⁽¹⁾ y que muchos a mis ojos, lleno el semblante de hipocresía me traicionen... comulgando sacrílegamente.»

Si tan santas consideraciones no os mueven, amados diocesanos, habremos de encararnos con vosotros, y dirigiros con más razón que el orador romano Cicerón los aprobios que él dirigiera a Catilina: «*Quamquam quid loquor? te ut ulla res frangat? Tu ut umquam te corrigas? ¿hacer impresión en vuestros corazones cosa alguna?... ¿esperar corrección de vosotros?... ¿obtener enmienda?..*»

Bien quisiéramos que los acentos de Nuestra voz pastoral llevasen flexiones de ternura y de solo ternura; pero es tan horrenda la culpa que pueblos enteros van cometiendo en orden a la obligación de oír la Santa Misa, que faltaríamos a Nuestro deber si no hiciésemos resonar Nuestras enérgicas amonestaciones en todos los ámbitos de la diócesis.

Además ¿qué caso han hecho los transgresores del precepto a las amonestaciones y ruegos caritativos de sus celosos Pastores?...

Duélenos muy de veras tantas injurias a Jesucristo Nuestro Señor, y sentimos en el alma los males que han de sobrevenir a vosotros, si no os convertís.

Que la epizootia o dismatosis concluya con vuestro ganado lanar, cabrío y vacuno, que la filoxera mate vuestras viñas; que un incendio devore vuestras mieses y montes; que un nublado destroce vuestros campos; que una enfermedad contagiosa arrebate padres, hijos... todo esto, amados hijos, que sería y suele ser castigo de profanaciones y pecados contra el Señor,

(1) Cartas y Extasis de Gemma Galgani.

creéis que no justifica Nuestros clamores? Y sobre todo, aunque nada de eso os sucediera, ¿pensáis que Nós interesan menos vuestras almas en peligro inminente de perderse para siempre, mientras no se resuelvan a santificar los domingos y fiestas de guardar?

Cesad, amados hijos, deteneos en el camino de perdición eterna que vais recorriendo con impío afán.

El que asista diariamente a la Santa Misa podrá esperar santa muerte; el que la deja *siempre*, ¿qué podrá esperar?

Asistid, sin faltar jamás culpablemente, al Santo Sacrificio, y que todo revele en vosotros piedad y devoción.

Tomaréis al entrar en la Iglesia el agua bendita, y ante todo, adoraráis al Señor, hincados de rodillas: el hombre solo es grande, dijo Luis Veuillot, cuando está de rodillas.... Estareis presentes en toda la Misa, desde el principio hasta las últimas oraciones del celebrante. Situaos de modo que veais bien al Sacerdote celebrante.

Como somos compuesto de alma y cuerpo, bien convencidos de que no podemos rendir a Dios el tributo *debido*, le rendireis todo lo que os sea *posible*.

De parte del cuerpo, la Casa de Dios y el solemne acto que se realiza en el Santo Sacrificio exigen limpieza y aseo: escupir en el Palacio del Rey de los Reyes es gran falta de respeto; no ir a él decentemente vestido, lo es también.

Las potencias del alma deben estar recogidas y con gran atención a lo que hace el Sacerdote. Divagaciones de la vista, distracciones voluntarias, actitudes que revelan indiferencia, todo está prohibido y debe evitarse en la Santa Misa. Nuestra intención debe convergir a cumplir los cuatro efectos del Sacrificio: adoración, acción de gracias, expiación, propiciación de nuestras culpas e imploración o demanda de gracias.

En consonancia con los interiores afectos del alma, todo el porte exterior revelará que sois conscientes del devotísimo acto que presenciáis. De pies en el primero y último Evangelio y en el Credo, la actitud más conveniente del cristiano, en todo lo demás de la Santa Misa, es *de rodillas*. Al menos desde el Sanctus hasta la Comunión del celebrante debe estar de rodillas todo el que pueda.

Los que sepan leer, mejor es que sigan al celebrante, leyendo las oraciones propias del tremendo misterio en un piadoso y litúrgico Manuel de Misa; los que no saben leer, pueden pensar en la Pasión dolorosa de Jesucristo, renovada en el altar; los que desconozcan la meditación harán bien en rezar devotas oraciones, el Credo, Padre-Nuestros, Rosario, etc... a Jesucristo Nuestro Señor.

Silenciosos, modestos, atentos y devotísimos en todo, extremarán su fervor desde el augusto momento en que alzada la Hostia Santa, la Hostia pura, la Hostia inmaculada queda sobre los altares hasta la comunión del Sacerdote. Elevada en lo alto de modo que pueda ser vista por todos, será saludada amorosamente con la hermosa jaculatoria «Señor mío y Dios mío» enriquecida con siete años y siete cuarentenas de indulgencia.

En aquel emocionante momento *tremunt potestates*, tiemblan los Santos Angeles, presentes en el altar. «El hombre debe temblar, y el mundo estremecerse, el Cielo todo debe guardar silencio, cuando sobre el altar y entre las manos del Sacerdote, aparece el Hijo del Dios vivo», dice S. Francisco de Sales; ¿qué reverencia, según eso, no reclamará de todos nosotros ese culminante momento de la Misa?...

¡Dichosos vosotros, amados hijos, si os aficionáis a oír diariamente la Santa Misa, «sol de los ejercicios de piedad.» ¡Dichosos, si observáis la doble Ley santa del descanso dominical y ide la asistencia al

Santo Sacrificio! Ese solo es el regio camino que conduce a la patria inmortal de la felicidad y que aun en vida atraerá sobre vosotros y sobre vuestros bienes las bendiciones de Dios, de las cuales Nós quisiéramos fuera prenda la que os otorgamos hoy en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo † Amén.

Dado en Nuestro Palacio de Burgo de Osma a diez de Febrero de mil novecientos veinte.

† MATEO, OBISPO DE OSMA.



*Por mandado de S. S. Ilma. y Rvdma.
el Obispo, mi Señor,*

BARTOLOMÉ MARINA ARRANZ

Vice-Secretario.

Léase la precedente Exhortación Pastoral, al ofertorio de la Misa mayor, y dentro de las otras Misas en que hubiere algún concurso de fieles, en todas las Iglesias de Nuestra jurisdicción, en los primeros días festivos siguientes a su recepción.

OBISPADO DE OSMA

CIRCULAR

Santa Cuaresma.

Las diversas tareas agrícolas a que los cultivadores de los campos se dedican en la época de la recolección, dan una pequeña idea, venerables Sacerdotes, de la redoblada actividad que vuestro celo pastoral debe desplegar en el Santo tiempo de Cuaresma, días de cosecha espiritual, sazoadas las almas por los vitales influjos de la Pasión de Nuestro Divino Redentor, Cristo Jesús.

Por eso y como síntesis de Nuestros deseos, os decimos, como S. Pablo a su discípulo y colaborador Timoteo, que aviveis la gracia que recibisteis en vues-

tra consagración, que trabajéis por el Evangelio como instrumentos del poder divino.

Y este celo ha de correr por los cauces que tiene abiertos la Iglesia, cuya más ardiente aspiración es que los fieles salgan del sepulcro del pecado libres y triunfantes, cual Jesucristo de entre los muertos, y que perseveren y adelanten en esa vida de gracia, para lo cual ha puesto los graves preceptos de Confesión y Comunión Pascual, que han de servir a nuestros venerables Curas de almas como centro en el que converjan las instrucciones catequísticas a sus feligreses, a la vez que conforme a la mente de la Iglesia, les inculcan la grandísima conveniencia de que cumplan con estos preceptos en su propia Parroquia, foco de vida social del cristiano.

La asidua diligencia que reclaman las almas de los niños, (c. 1330) debe ser aun más delicada durante la Cuaresma en orden a los Sacramentos de Penitencia y Confirmación, juzgando sobre todo que jamás será excesivo el tiempo y trabajo empleado en los niños de primera Comunión, en conformidad a las Normas Pontificias, y poniendo a contribución su prudencia para vencer las preocupaciones más comunes sobre la edad de los niños para recibir a Jesús Sacramentado.

Como discretos y fieles administradores de los bienes sobrenaturales, harán ver a sus feligreses la abundancia de gracias encerradas en piadosos ejercicios como el *Via-Crucis*, cuya práctica fomentarán, y en los singularísimos privilegios de la Santa Bula, a los que solo por incalificable ignorancia o descuido podrá nadie mostrarse indiferente, o lo que sería peor, pretender aprovecharse de sus prerrogativas materiales a la vez que se desprecia a quienes se proveen de ella.

Finalmente, procurarán dar a sus fieles las mayores facilidades para el cumplimiento Pascual y también rodearán del mayor esplendor posible los actos

extraordinarios del culto cuaresmal, invitando a ellos a autoridades, asociaciones religiosas, etc.

Y concretando Nuestros deseos, y en uso de Nuestras legítimas atribuciones venimos en disponer lo siguiente:

1.º El tiempo habil para el cumplimiento del Precepto Pascual se extenderá desde la 4.ª Dominica de Cuaresma (14 de Marzo) hasta la fiesta de la Santísima Trinidad (30 de Mayo).

2.º Durante este tiempo renovamos las disposiciones dadas en años anteriores y especialmente a los Sacerdotes habilitados para oír confesiones en Nuestra Diócesis les facultamos para absolver de casos Dioce- sanos reservados.

3.º En la 4.ª Dominica de Cuaresma se leerá en todas las Iglesias de la Diócesis al Ofertorio de la Misa Parroquial la versión castellana del Decreto de la Sagrada Congregación de Sacramentos, *Quam singulari amore* sobre la primera Comunión de los niños, inserto en el BOLETÍN ECLESIAÍSTICO, 30 Marzo 1912.

4.º Terminado el tiempo del cumplimiento Pascual, los Sres. Párrocos y encargados de Parroquias enviarán a sus respectivos Arciprestes las relaciones Parroquiales acostumbradas, que estos remitirán con toda diligencia a Nuestra Secretaría de Cámara y Gobierno.

Burgo de Osma, 14 de febrero de 1920.

† EL OBISPO.

SECRETARIA DE CAMARA

ÓRDENES GENERALES

El Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo ha determinado con el favor divino, conferir Órdenes generales, mayores y menores, el día 20 del próximo mes, Témporas de Cuaresma.

Los aspirantes presentarán en esta Secretaría de Cámara, antes del día 26 del actual, las solicitudes y demás documentos necesarios, según lo prescrito en 28 de abril de 1905 y conforme a lo dispuesto en las Sinodales Diocesanas (tit. XII. p. 3.^a) y al derecho Canónico vigente,

Los exámenes tendrán lugar en los días 2 y 3 de marzo y los aprobados practicarán ejercicios espirituales desde el día 11 en el lugar que se designare.

Burgo de Osma, 5 de febrero de 1920.

Bartolomé Marina Arranz,
Vice-Secretario.

II.

PREDICADORES CUARESMALES

Su Sría. Ilma. y Rdma. renueva la disposición contenida en el núm. 4 del BOLETIN ECLESIASTICO de 1919, de que todos los Sacerdotes tanto del clero secular como del regular que hubieran de actuar de predicadores en la Diócesis durante la próxima Cuaresma, presten en manos de los Arciprestes en cuyo distrito hayan de ejercer su sagrado ministerio, el juramento contra los errores del Modernismo.

Burgo de Osma, 5 de febrero de 1920.

Bartolomé Marina Arranz,
Vice-Secretario.

Colecta para los niños de los Imperios Centrales de Europa

	Pesetas.
<i>Suma anterior</i>	579 25
Ilmo y Rvdmo. Prelado de la Diócesis (Por omisión involuntaria no se encabazó la suscripción con esta cantidad).....	100 00
Ciudad de Soria.....	1.000 00
Valderrodilla.....	5 75
Torralba y Valdealvillo.....	2 »
Hinojosa del Campo.....	16 15

Valdenarros.....	10 50
Fuentearmegil y Santervás.....	30 >
<i>Suma y sigue</i> ,.....	<u>1 743 65</u>

NECROLOGIA

En la madrugada del sábado, día 14, falleció santamente el M. I. Sr. Arcediano de esta S. I. Catedral y Secretario de Cámara, D. Felipe García Escudero.

Creemos no exagerar al decir que toda la Diócesis sentirá íntimo dolor por tan lamentable pérdida, pues el llorado Señor Arcediano, con no ser Oxomense de origen, no cedía a nadie en afecto a nuestra tierra, a sus instituciones e historia.

Conocida es de todo el Clero la diáfana y ejemplar vida Sacerdotal de quien por más de veintidós años ejerció los Sagrados Ministerios en nuestra Diócesis, primero al lado de aquel inolvidable Obispo Ilmo. D. José M.^a García Escudero, a cuyo lado se formó y perfeccionó en las grandes virtudes de piedad, celo, caridad, modestia y benignidad que fueron como las huellas de su paso por esta vida, y ultimamente en el importante cargo de Secretario de Cámara, cuya designación fué acogida con universal aplauso, y en el que ha dado relevantes pruebas de fidelidad y prudencia.

La Villa del Burgo, teatro principal de su vida, ha manifestado la profunda pena que le causa la separación de quien era venerado especialmente por su largueza para con los pobres, y el entierro verificado en la mañana del domingo ha sido una tan espontánea como grandiosa manifestación de dolorida gratitud.

Quien ha coronado su fervorosa vida con una envidiable muerte, siendo los últimos latidos de su corazón otros tantos actos de aspiración a Dios, podemos pensar se encuentra en la bienaventuranza; con todo sirva de cristiano tributo a su memoria la oración que elevamos por su alma. R. I. P.

SUMARIO: Carta Pastoral del Ilmo. Prelado sobre la Santa Misa.—Obispado de Osma: Circular sobre la Santa Cuaresma.—Secretaría de Cámara: I. Órdenes Sagradas, II. Predicadores Cuaresmales.—Colecta para los Niños de la Europa Central.—Necrología.

BURGO DE OSMA.—IMP. Y LIB. DE JIMÉNEZ.



Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma.



SUPLEMENTO AL NÚM. III.

A LOS SRES. SACERDOTES

La Junta Central de Acción Católica se ha dirigido a los Excmos. Prelados proponiéndoles un homenaje nacional de adhesión al Exmo. Mons. Ragonessi, Nuncio de S. S. en España, con motivo de la justísima distinción que le ha tributado Su Majestad al concederle la gran Cruz de Carlos III.

Nuestro Ilmo. y Rvdmo. Prelado se ha adherido a tal idea, queriendo que la Diócesis de Osma figure decorosamente contribuyendo a costear las insignias de la regia condecoración; pero conocedor de la situación económica de su Clero, cree interpretar sus sentimientos y deseos, enviando a la Junta Central, en nombre de su amado Clero un donativo de tantas pesetas como Sacerdotes diocesanos constituyen el Clero Parroquial.

Si alguna Hermandad o Asociación tuviese a bien adherirse a este homenaje con alguna pequeña cuota, pueden enviarla a esta Secretaría de Cámara por conducto de sus respectivos Párrocos.
